

TRILOGÍA DE LA CIUDAD BLANCA 3

EVA G.<sup>o</sup> SÁENZ DE URTURI

# LOS SEÑORES DEL TIEMPO

Eva García Sáenz de Urturi



Los señores del tiempo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Todos los derechos de Propiedad Intelectual sobre la presente obra literaria y cualquiera de sus elementos (incluyendo, entre otros, título, nombres de personajes, imágenes, ilustraciones, fotografías, gráficos, etc.) son propiedad de Editorial Planeta, S. A. U, o esta ha obtenido las preceptivas autorizaciones para su utilización e inclusión en la obra. Por lo tanto, queda terminantemente prohibido cualquier acto de reproducción, total o parcial, distribución, comunicación pública y/o transformación de las obra o de cualquiera de sus elementos; así como su modificación y/o alteración. Para cualquier uso, en cualquier medio (tal como redes sociales, etc.), ya sea de naturaleza lucrativa o comercial o de cualquier otra índole no amparado por algún límite legal, será necesario obtener el consentimiento expreso del titular de los derechos de que se trate, sin que en ningún caso la falta de respuesta pueda ser considerada autorización tácita. Asimismo, queda terminantemente prohibido suprimir o modificar el distintivo y la mención del «copyright», o cualquier otra indicación que refleje la sujeción de la obra y sus elementos a los derechos de autor

© Eva García Sáenz de Urturi, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ilustraciones del interior: primeras líneas de la ley de población de Vitoria otorgadas por Sancho VI el Sabio en septiembre de 1181, Fuero de Población de VITORIA

HOZ © Colección particular

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2018

Depósito legal: B. 20.158-2018

ISBN: 978-84-08-19329-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## EL PALACIO DE VILLA SUSO

UNAI

*Septiembre de 2019*

Podría comenzar esta historia hablando del turbador hallazgo del cuerpo de uno de los hombres más ricos del país, el dueño de todo un imperio empresarial de moda *low cost*, envenenado con cantárida —la legendaria Viagra medieval—, en el palacio de Villa Suso. No voy a hacerlo.

En su lugar voy a relatar, lo prefiero, lo que sucedió la tarde que acudimos a la desconcertante presentación de la novela de la que todo el mundo hablaba: *Los señores del tiempo*.

Estábamos fascinados con aquella novela histórica. Yo el primero, lo reconozco. Era una de esas lecturas que te evadían, una mano invisible que te agarraba del cuello desde el primer párrafo y en un ejercicio de magnetismo te arrastraba a su feroz mundo medieval sin que quisieras hacer nada por evitarlo.

No era un libro, era una trampa de papel, una emboscada de palabras..., y no podías escapar.

Mi hermano Germán; mi *alter ego*, Estíbaliz; los de la cuadrilla..., nadie hablaba de otra cosa y muchos la habían finiquitado en tres noches pese a sus cuatrocientas setenta páginas, pero otros la dosificábamos como si fuera un veneno —de esos que te dan placer mientras te lo inoculas— e intentábamos alargar la experiencia de tener la cabeza en el año de Cristo de 1192. Era tal la inmersión lectora que incluso a veces, cuando retozábamos entre las sábanas durante desordenadas madrugadas de muslos y lenguas, llamaba *mi senora* a Alba.

Había un morbo añadido, un enigma por resolver: la identidad del esquivo autor.

Después de semana y media arrasando en librerías, no había ni una foto de él en los periódicos ni en la sobrecubierta de la novela. Tampoco había concedido entrevistas. No había rastro de identidad digital en redes sociales ni página web. Era un paria del presente o alguien que realmente vivía en un anacrónico pasado analógico.

Se conjeturaba que el nombre con el que había firmado su obra, Diego Veilaz, era un pseudónimo, un guiño al narrador y protagonista de la novela, el carismático conde don Diago Vela. Cómo saberlo. Cómo saber nada por aquel entonces, cuando la verdad todavía no había desplegado sus volubles alas sobre las calles adoquinadas de la milenaria Almendra Medieval.

Atardecía en sepia sobre nosotros cuando crucé la plaza del Matxete con Deba sobre mis hombros. Confiaba en que mi hija de dos años —ella se sentía ya adulta— no alborotase demasiado en la presentación de *Los señores del tiempo*. El abuelo nos acompañaba de refuerzo, pese a que era la víspera de San Andrés y en Villaverde se celebraban las fiestas patronales.

Se había presentado en casa con un: «Yo os cuido a la nietica, hijo». Y a Alba y a mí nos venía bien relajarnos.

Llevábamos un par de semanas trabajando horas extras por la desaparición de dos jóvenes hermanas en extrañas circunstancias —muy extrañas, por cierto— y necesitábamos dormir.

Un par de horas más y nos podríamos tomar una pequeña tregua después de catorce días de estéril operativo de búsqueda. Caer fulminados sobre el edredón y recuperarnos para afrontar un sábado que ya se anticipaba igualmente frustrante.

Habíamos hecho los deberes con buena letra y no habíamos llegado a nada: batidas con voluntarios y perros, los móviles de todo su entorno pinchados por orden de la jueza, todas las grabaciones de las cámaras de la provincia visionadas, vehículos familiares peinados por la Científica, interrogatorios a todo el que trató con ellas durante sus escasos diecisiete y doce años de vida.

Se habían esfumado... y eran dos.

Un detalle que duplicaba el drama y también la presión del comisario Medina sobre los hombros de Alba.

Una cola kilométrica aguardaba el comienzo de la presentación bajo las tibias farolas de la plaza del Matxete.

Un titiritero de terciopelo verde hacía malabarismos con tres pelotas rojas, un hombre de cuello grueso se metía en la boca la cabeza de una boa albina. En la plaza empedrada olía a talos de maíz y a torta de *chinchorta* y unos violines furiosos interpretaban la música de *Juego de tronos*. El mercado medieval que se celebraba en septiembre había coincidido con la firma de la novela.

Aquella plaza que antaño fue mercado se veía más llena que nunca y los grupúsculos de lectores se perdían por los Arquillos del Juicio, tragados por la algarabía de los vendedores de jarras de barro y de aceites de lavanda.

Entonces vi a Estíbaliz, mi compañera en la División de Investigación Criminal, y a la madre de Alba, que la había adoptado desde que se conocieron y la había incluido sistemáticamente en todos nuestros ritos familiares.

Mi suegra, Nieves Díaz de Salvatierra, era una actriz retirada que fue niña prodigio del cine patrio allá por los años cincuenta y que había encontrado la ansiada paz regentando un hotel-castillo en Laguardia, entre viñedos y la sierra de Toloño, el dios celta Tulonio al que yo dirigía mis plegarias cada vez que el universo se ponía puñetero.

—¡Unai! —gritó Estíbaliz con el brazo alzado—, ¡aquí!

Alba, el abuelo y yo nos encaminamos hacia ellas. Deba le regaló a su tía Esti un sonoro beso lleno de babas en la mejilla y finalmente entramos en el palacio de Villa Suso, un edificio renacentista de piedra que reinaba desde hacía cinco siglos en la parte alta del cerro de la ciudad.

—Creo que está la familia al completo —dije y alargué el brazo hacia un cielo que se volvía añil por momentos—. Mirad al móvil, todos.

Cuatro generaciones de Díaz de Salvatierra y López de Aya-la sonreímos al selfi familiar.

—La presentación es en la sala Martín de Salinas, en la segunda planta, creo. —Nos guio Alba, risueña—. Qué misterio más inocente, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —dije.

—A la incógnita sobre la identidad del autor. Esta tarde por fin sabremos de quién se trata... —contestó al tiempo que me daba la mano y entrelazaba sus dedos con los míos—. Ojalá los enigmas que nosotros desentrañamos en el trabajo fueran tan blancos.

—Hablando de enigmas... —la interrumpió Estíbaliz después de propinarle un pequeño empujón junto a la entrada de la sala—. No pises a la emparedada, Alba. Los guardias de seguridad dicen que sus lamentos acobardan bastante cuando se aparece por los pasillos desiertos de los baños por la noche. De hecho, comentan que son los aseos más solitarios de la ciudad.

Alba se apartó de un salto. Arrastrada por la marabunta, había acabado pisando el suelo acristalado que permitía ver la losa que cubría el enterramiento de los restos óseos de lo que pensaban que fue una mujer en el Medievo, según se leía en la placa de la pared.

—No hables de fantasmas y esqueletos delante de Deba —dijo con un guiño, bajando la voz—. No quiero que esta noche le cueste dormir. Esta noche tiene que dormir. Como un oso hibernando. Su madre necesita urgentemente una cura de sueño.

El abuelo sonrió, con esa media sonrisa suya de centenario que nos llevaba muchos años en eso de leer a las personas.

—Como que a la *chiguila* la vais a asustar con unos huesicos mal colocados.

Diría que había un matiz de orgullo en su voz cascada, aunque en lo concerniente a su biznieta, el abuelo presumía de ser el que mejor la entendía. Tenían una especie de sencilla y efectiva telepatía que nos excluía a todos los demás: a su madre, a su abuela Nieves, a sus tíos Germán y Esti, y también a mí. Deba y el abuelo se apañaban con miradas y encogimientos de hombros, y para nuestra desesperación, él entendía mejor que nadie los matices de las lloreras de mi hija, sus motivos para negarse a ponerse sus botas de lluvia pese a ser totalmente necesario o el

significado oculto de los garabatos con los que emborronaba cualquier superficie que encontraba a su paso.

Por fin pudimos acceder a la abarrotada sala, aunque nos tuvimos que conformar con las sillas de la penúltima fila. El abuelo sentó a Deba sobre sus piernas y dejó que su biznieta jugase con la boina, algo que acentuaba su parecido físico y la convertía en su pequeño clon.

Mientras dejaba que el abuelo se encargase de entretener a mi hija, me abstraí por un momento de mis urgencias laborales y levanté la cabeza: la estrecha sala de paredes de piedra tenía un techo de robustas vigas de madera. Tras la larga mesa donde esperaban tres botellines de agua sin abrir y tres sillas vacías reinaba un tapiz del caballo de Troya de descolorida urdimbre.

Miré la pantalla del móvil, la presentación llevaba casi tres cuartos de hora de retraso. El caballero de mi derecha, con un ejemplar sobre sus rodillas, basculaba nervioso sobre la silla y no era el único. Allí no se presentaba nadie. Alba me miró un par de veces como diciendo: «Si tardan mucho, tendremos que llevarnos a Deba».

Y yo asentí ambas veces, no sin antes aprovechar para rozar el dorso de su mano y prometerle con la mirada alguna correría nocturna.

Qué bien se sentía no esconderse en público, qué bien se sentía ser una familia de tres, qué buena era la vida cuando no se ponía cabrona, y mi vida llevaba dos años largos —desde el día que Deba nació— siendo una feliz colección de rutinas familiares.

Y a mí me gustaba eso, lo de coleccionar días blancos con mis damas.

Fue entonces cuando pasó por mi lado un hombre obeso y sudoroso que reconocí: era el editor de Malatrama.

Tiempo atrás habíamos coincidido durante el caso de Los ritos del agua. Su editorial publicaba el trabajo de la primera víctima, Annabel Lee, dibujante de cómics y novia precoz de toda mi cuadrilla en bloque, para más señas. Me alegró verlo de nuevo. Lo seguía un tipo de perilla espesa, acaso nuestro esquivo autor, y en aquella sala de piedra se levantó un murmullo de expectación.



tante satisfacción que parecía perdonar el retraso de casi una hora.

—Por fin —me susurró Esti, sentada a mi lado—. Cinco minutos más y tendríamos que haber llamado a los antidisturbios.

—No fastidies, que con las chicas desaparecidas ya hemos tenido suficiente fiesta estas dos semanas. —Su melena roja se me metió en los ojos cuando se acercó y le pedí silencio con la mirada.

—Volverán a casa con papá y mamá, te lo he dicho mil veces —insistió entre susurros.

—Los hados te oigan y podamos dormir de una vez —respondí reprimiendo un bostezo.

Por suerte, mis habilidades orales estaban prácticamente recuperadas después de la afasia de Broca que sufrí en 2016. Tres años muy intensos de logopedia me habían devuelto al mundo de los investigadores locuaces y, salvo bloqueos temporales por cansancio, estrés o falta de sueño, mi oratoria era de nuevo un alarde de fluidez.

—Uno, dos, uno, dos... —chirrió la voz del editor—. ¿Se oye bien?

Las cabezas de los presentes asintieron, todas a una.

—Siento mucho el retraso con el que ha comenzado este acto, pero me veo en la obligación de anunciarles que el autor de la novela no ha podido acudir al evento de esta tarde —informó después de acariciarse con mano temblorosa la hirsuta barba rizada de bardo.

La reacción no se hizo esperar y algunos de los presentes abandonaron el recinto acompañados de su mal humor. El editor siguió con la mirada desolada las espaldas de los primeros lectores que desertaron.

—Comprendo su decepción, créanme. Esto no estaba programado pero, como no quiero dar por perdida la tarde para todos los que han esperado la presencia del autor, me gustaría presentarles a Andrés Madariaga. Es doctor en Historia y uno de los arqueólogos del equipo de la Fundación de la Catedral Santa María que excavó hace varios años a pocos metros de donde hoy estamos sentados, en el cerro de la Villa de Suso y bajo las entrañas de la Catedral Vieja. Él pensaba acompañar a nues-

tro admirado escritor en su presentación y explicar a los presentes los increíbles paralelismos entre la Almendra Medieval que hoy conocemos y la Victoria del siglo XII que aparece en la novela.

—Así es —carraspeó el arqueólogo—. El relato resulta de una precisión asombrosa, como si el autor realmente hubiera paseado hace casi mil años por estas mismas calles. Aquí mismo, al lado de la antigua puerta del palacio, en las escaleras que hoy conocemos como de San Bartolomé, en el Medievo estaba ubicado el Portal del Sur y era una de las puertas de entrada al recinto amurallado de la villa que...

—No sabe quién es —me susurró Alba junto a un lóbulo que se puso caliente solo con su roce.

—¿Cómo? —murmuré.

—Que el editor tampoco sabe quién es el autor. Ni una vez ha dicho su nombre y no se ha referido a él como Diego Veilaz, el pseudónimo. No tiene ni idea de quién es.

—O se reserva el misterio para el próximo acto en el que aparezca y no quiere reventar la intriga.

Ella me miró como a un niño pequeño, no muy convencida.

—Juraría que no, juraría que está tan perdido como nosotros.

—No sé si saben que estamos en el muro zaguero de la primitiva muralla, la muralla prefundacional. ¿La ven? Es este muro —dijo el arqueólogo señalándonos la pared de piedra a su derecha—. Por los datos del carbono 14, sabemos que estaba ya construida a finales del siglo XI, un siglo antes de lo que siempre habíamos dado por hecho. Digamos que estamos sentados en los mismos lugares en los que transcurre la novela. De hecho, muy cerca de aquí, junto al trazado de la muralla, muere uno de los personajes del libro. Muchos se preguntarán qué es la cantárida, la mosca española o escarabajo aceitero. En la novela aparece como un polvo marrón que alguien suministra a modo de afrodisíaco a nuestro desgraciado personaje. Esto es cierto, quiero decir —se corrigió—, factible.

El arqueólogo levantó la cabeza. Todos escuchábamos con atención.

—La cantárida era la Viagra medieval por excelencia —continuó satisfecho—. Un polvo extraído del caparazón verde me-

talizado de un pequeño escarabajo muy común en tierras africanas. La cantárida era el único afrodisiaco de probada eficacia en esto de mantener a los hombres bien erectos. Dilata los vasos sanguíneos de manera muy efectiva, pero dejó de usarse porque, como decía Paracelso: «El veneno está en la dosis». Dos gramos de cantárida matan al más sano de la sala, así que cayó en desuso en el siglo xvii, después de que en Francia los llamados «caramelos de Richelieu» terminasen con media corte durante las orgías de la época, amén de que el Marqués de Sade acabó acusado de homicidio cuando un par de cándidas damas fallecieron después de que él se la suministrase.

Miré a mi alrededor. La gente que se había quedado a la improvisada charla del arqueólogo escuchaba atenta cómo iba desgranando anécdotas medievales. Deba dormía bajo la boina del abuelo, rodeada por sus manazas de gigante longevo. Nieves atendía con interés, Alba me acariciaba el muslo y Esti miraba distraída las vigas del techo. En resumen, todo bien.

Cuarenta minutos después el editor tomó la palabra tras colocarse unas maltrechas gafas de media luna en la punta de su enorme nariz:

—No quisiera cerrar este acto sin leer los primeros párrafos de *Los señores del tiempo*.

Me llamo Diago Vela, me dicen el conde don Diago Vela, tanta. Comencé a dar fe de cuanto acontecía en este cronicón que parte del día que regresé, tras dos años de ausencia, a la antigua aldea de Gasteiz o, como la llamaban los paganos, Gaztel Haitz, la Peña del Castillo.

Retornaba por Aquitania y, después de cruzar Ultra-puertos...

De repente oí a mi espalda que la puerta de la sala se abría. Me giré con cierta curiosidad y un hombre canoso de unos cincuenta años con una muleta entró cojeando y lanzó un grito:

—¿Hay algún médico en esta sala? ¡El palacio está vacío, hace falta un médico!

Esti, Alba y yo nos levantamos como trillizos telépatas y nos acercamos al hombre tratando de calmarlo.

—¿Está usted bien? —preguntó Alba, siempre resolutiva—. Ahora llamamos al 112, pero tiene que contarnos qué le sucede.

—No es por mí. Es por el hombre que he encontrado aquí abajo, en los baños.

—¿Qué le pasa al hombre? —le urgí con el móvil ya en la mano.

—Está tirado en el suelo. Me ha costado arrodillarme junto a él para comprobar si está muerto porque con esta muleta es complicado, pero yo juraría que no se mueve. O está inconsciente o está muerto —dijo el hombre—. De hecho, creo que lo he reconocido, creo que es.... En fin, no estoy seguro, pero creo que es...

—No se preocupe por eso ahora, nosotros nos encargamos —le cortó Estíbaliz haciendo una vez más alarde de su legendaria paciencia.

Toda la sala nos miraba y escuchaba en silencio. El editor, creo, había interrumpido su lectura. No lo sé, no me di cuenta. Eché una última mirada al abuelo, que me miró con un «Yo me ocupo de Deba, os la llevo a casa y la acuesto».

Corrí con Esti hacia las escaleras de los aseos. Con las prisas, los dos pisamos el cristal que resguardaba los restos de la emparedada de Villa Suso. Ni lo pensé. Llegué antes que mi compañera, y en el suelo encontré un hombre grande y bien vestido, inmóvil, con un gesto de dolor congelado que a mí también me dolió.

Los baños estaban impolutos, un aséptico blanco nos rodeaba y un fotomontaje con los tejados y las cuatro torres de Vitoria decoraba las puertas de las cabinas.

Me saqué del bolsillo el móvil, lo puse en modo linterna y lo coloqué a pocos milímetros de su cara. Nada. Sus pupilas no se contrajeron.

—Maldita sea... —suspiré para mí. Presioné la arteria carótida, tal vez buscando un milagro—. Aquí no hay miosis, Esti. Ni pulso. Este hombre está muerto. No toques nada, informa a la subcomisaria, que dé el aviso.

Mi compañera asintió, se disponía a marcar el número de Alba cuando la interrumpí.

—Huele a bomba fétida —dije olisqueando el ambiente—.

Este hombre lleva colonia cara, pero el olor no puede enmascarar esta peste tan desagradable.

—Es un baño de hombres, ¿qué quieres?

—No es eso, me refiero a que huele igual que las bombas fétidas de esas que vendían en ampollas en La Casa de las Fiestas cuando éramos críos, ¿no recuerdas? Venían en cajas con la silueta de un chino mandarín.

Cruzamos la mirada; no estaba hablando de la infancia.

—Quieres decir que crees que a este hombre lo han envenenado —dijo.

No tenía muy claro si estaba ante una muerte natural o ante un envenenamiento, pero como soy un tipo precavido y no me gusta arrepentirme de lo que he dejado de hacer, y también por respeto al gigantesco fallecido, hiqué la rodilla frente a él y susurré mi plegaria:

—Aquí termina tu caza, aquí comienza la mía.

Lo observé con detenimiento y pasé a lo práctico:

—Creo que el testigo tenía razón. No hay muchas fotos de él, aunque tenía un físico muy particular y siempre sospeché que... Creo que estamos ante un caso de aracnidismo.

—En cristiano, Kraken.

—Este hombre tiene, o tenía, síndrome de Marfan. Extremidades largas, ojos saltones. Mira los dedos. Mira la altura. Como sea él, aquí se arma la de Troya. Quédate con el cadáver, voy a hablar con Alba para que cierre las puertas del edificio y nadie salga. Hay que tomar declaración a doscientas personas. Si este hombre acaba de morir, el asesino está dentro de este palacio.